



Periódico Republicano

AÑO II.

GRANOLLERS 30 ABRIL 1904.

NÚM. 22.

El primero de Mayo

Cuando parece que la naturaleza vuelve á la vida, al comenzar el mes de Mayo, el mes de las flores, de la luz, de las esperanzas, se celebra en todo el mundo civilizado la fiesta del Trabajo.

La fiesta del Trabajo ó del primero de Mayo, es por excelencia la fiesta de la civilización moderna, en ella se honra la actividad social que produce bienestar y riqueza; en ella se eleva un himno á la paz entre los pueblos y las razas y se condena la violencia y la guerra utilizadas únicamente en beneficio de los que disfrutaban tradicionales privilegios.

En ese mes de Mayo en que parece que la naturaleza se empeña en lucir todas sus galas no habia de romper esa armonía el corazón humano. Cuando la tierra nos brinda sus mejores frutos, cuando el cielo nos ofrece sus más ricos matices, cuando el sol nos envía sus más dorados rayos, el corazón del hombre, de ese hombre abandonado, del antiguo esclavo y moderno asalariado, exterioriza los más bellos sentimientos: el amor al trabajo, á la humanidad y á la Justicia.

Habiendo tan hermosa fiesta nacido al impulso de las doctrinas socialistas, desgraciadamente poco estudiadas, y peor interpretadas, nada más justo que evocar hoy los nombres de Carlos Marx, Augusto Bebel, Edmundo de Ami-

cis, Julio Guesde, Enrique Ferri, Juan Jaurés, Fernando Lasall, Federico Eugels, Guillermo Liebkuecht, A. Millerand, Pablo Singer, y de cuantos han trabajado y trabajan por la emancipación del pueblo y por un estado social donde el privilegio no oscurezca jamás á la justicia.

LA RAZÓN se asocia en estos momentos á esos millares de obreros que en Francia, en Alemania, en Italia, en Inglaterra, en Rusia, en los Estados Unidos, en España y en todas las naciones civilizadas prescinden de fronteras y unen á toda la Humanidad en una hermosa y común aspiración.

A la Redacción de EL CONGOST

Con verdadero pesar hemos leído el último número de *El Congost* en el que nuestro estimado colega pone término á su valiente y larga historia.

No se desalienten sin embargo los que en las columnas de *El Congost* defendieron la moralidad y la justicia, por que aun cuando el caciquismo haya podido por inícuos procedimientos llegar á impedir la publicación del batallador periódico, aún vive LA RAZÓN que ofrece sus columnas á los redactores de *El Congost* para la defensa de la Democracia y de la Justicia.

DIALOGO

El domingo último sorprendí un diálogo que, por lo interesante, procuré rete-

ner en mi memoria y procuraré asimismo traducir lo más fielmente posible.

—¿Has oído el ¡Muera la república! y el ¡Viva la religión! que le han dirigido á Junoy y á sus acompañantes, los niños de los Maristas? ¡Qué bien ha estado!

—¡Ah! ¿Conqué tú crees que está bien esta nueva asignatura de *mueras* que esos *hermanos* han introducido en su plan de estudios? Pues á mí me ha parecido mejor lo que ha dicho aquel caballero que formaba parte de la comitiva objeto del desahogo del niño: «¡Grito de guerra te lo han enseñado ahí dentro (señalando al colegio); no grites jamás muera nada ni nadie.»

—Yo no hago caso de lo que diga un republicano.

—Bueno; pero si tuvieras memoria te acordarías de que el muera y el viva de ese muchacho sirvió de lema al *requeté* carlista.

—Eso sí, me acuerdo muy bien. El *requeté* carlista lo componían niños y grandullones, todos muy valientes, arrogantes y decididos.

—A excepcion de los que se cebaban impunemente con los prisioneros, que abofeteaban y escupían en el rostro.

—Todavía recuerdo con horror sus hazañas en los saqueos; ¡cuantas muchachas fueron víctimas de su ferocidad! No, no quiero recordarlo.

—Pues ese grito es precursor de lo que tanto te inquieta; ya ves ¡qué bien ha estado!

—Volverán á reproducirse aquellas hazañas de aventureros y Tenorios del *requeté*, con aquellas partidas de juegos y excesos en las bebidas....

—Fumaban incesantemente, y formando corros hacían apuestas sobre quien escupiría con más frecuencia y en mayor abundancia.

—Pues ya lo ves: esos gritos tienden á la repetición de aquel cinismo descarado de pobres y desgraciados jóvenes, que intercalaban en todas sus palabras interjecciones y blasfemias, aun en los actos de la misa y el rosario, que las proferían